

al calor de este proceso los estados provinciales tendrán que construir sus propias bases monetarias y fiscales.

Sólo un aspecto del libro no alcanza la dimensión de sus reivindicaciones iniciales: las conexiones entre la historia política y la historia económica aparecen únicamente en estudios puntuales -Rosal, Schmit, Irigoín, Bragoni-, y las causalidades entre unos procesos y otros parecen establecidas, por momentos, de maneras apresuradamente mecánicas. Si es cierto que la vertiente económica de la historia puede contribuir a dar cuenta de fenómenos de índole política, la capacidad explicativa de aquella debe ser cuidadosamente tratada, dado que los problemas sociales son siempre complejos y no pueden apresurarse interpretaciones inmediatas.

María Laura Cutrera
GEIPP-Inst.Ravignani-UBA / Universidad de San Andrés

Gardenia Vidal y Pablo Vagliente (comps.), *Por la señal de la cruz. Estudios sobre Iglesia Católica y sociedad en Córdoba, s. XVII-XX*, Córdoba, Ferreyra editor, 2001. 221 páginas.

Desde distintas perspectivas, y a la luz de los trabajos de Jaime Peire, Roberto Di Stefano, Loris Zanatta y Lila Caimari, el trabajo que compilaron Vidal y Vagliente aborda la relación entre la Iglesia Católica y la sociedad en Córdoba; se trata de una relación que no es en ningún caso sencilla dado que la Iglesia y la sociedad constituyen dos términos poco unívocos. La Iglesia en Córdoba ha sufrido importantes transformaciones, entre las cuales se cuenta desde fines del XVIII un paulatino, pero no por ello menos significativo, crecimiento del clero secular, en detrimento del clero regular –aunque se trata de un crecimiento mucho más dificultoso que el que habría tenido lugar en Buenos Aires-; la sociedad cordobesa por su parte hacia mediados del siglo XIX comenzará a sentir el impacto de la transición hacia una “sociedad moderna” donde la unanimidad religiosa habrá de perder su razón de ser.

Los trabajos de Lía Quarleri y de Élide Tedesco abordan la relación entre la Iglesia y la sociedad en distintos momentos del Antiguo Régimen: Quarleri estudia las relaciones y los conflictos entre diversas órdenes religiosas en el siglo XVII -jesuitas, franciscanos y mercedarios-; Tedesco por su parte estudia el crédito de origen eclesiástico en los últimos años del período colonial y primeras décadas de vida independiente. Quarleri advierte con razón que los conflictos que tienen lugar en el interior de los conventos y de las órdenes adquieren rápidamente repercusión "pública", dado que en el Antiguo Régimen la Iglesia y la sociedad se hallan fuertemente entrelazadas. Por su parte, también Tedesco advierte esto mismo a través del estudio del crédito otorgado por las instituciones eclesiásticas. En este sentido, ambos trabajos parecen llegar a conclusiones similares a las de Roberto Di Stefano o Jaime Peire. Con todo, resulta oportuno hacer aquí algunas observaciones. Que las órdenes religiosas sean foco de conflicto es presentado por Quarleri como síntoma de las fisuras que pueden advertirse en la "Iglesia colonial"; a su vez, Tedesco señala que la declinación del crédito concedido por la Iglesia cordobesa en las primeras décadas de vida independiente fue un producto de las presiones de los nuevos gobiernos patrios que, involucrados en sucesivas guerras, requerían cada vez mayores recursos económicos. Pero en ambos casos se pierde de vista por momentos que la Iglesia constituye una realidad muy compleja y heterogénea en el Antiguo Régimen: para explicar por qué los conflictos entre órdenes religiosas ocuparon el importante lugar que Quarleri advierte en el siglo XVII es necesario poner de relieve la debilidad del clero secular, en un contexto donde incluso el gobierno de la diócesis estaba por lo común a cargo de sacerdotes regulares; asimismo, para explicar los vaivenes que presenta el crédito en las décadas iniciales del siglo XIX, según Tedesco, sería de interés diferenciar los créditos según las fuentes de las que proviene, ya sea el clero secular o el regular, sobre todo si tenemos en cuenta que a partir de 1810 la Revolución traerá consigo sin duda un gran desorden en el clero secular, pero un absoluto caos en relación con el clero regular. Por otra parte, estudiar al clero secular, por más débil que sea en el caso cordobés, como fuente de crédito podrá echar nueva luz sobre los estudios de crédito eclesiástico que por lo general se han abocado a analizar al clero regular -en este sentido, los trabajos de Carlos Mayo y de Jaime Peire-. De esta manera, si se tiene en cuenta la heterogeneidad institucional de la Iglesia bajo el Antiguo Régimen, donde las jurisdicciones se

multiplicaban por doquier, y no se considera su unidad como si fuera un dato de la realidad, podría profundizarse el estudio de la Iglesia y la sociedad coloniales.

Por su parte, introduciéndonos de lleno en el siglo XIX, los trabajos de Pablo Vagliente, Gardenia Vidal y María Teresa Monterisi abordan las transformaciones en la relación entre la Iglesia y la sociedad en un contexto en el cual el laicado ya comenzará a ocupar un papel central en la vida social. En este sentido, Vagliente se pregunta por las transformaciones en las formas de asociación religiosa en la segunda mitad del siglo, cuando el así llamado "modelo cofradial" comenzó a perder sentido ante asociaciones católicas de nuevo cuño, en las cuales podrá verificarse la participación activa del laicado. Vidal, en cambio, estudia un tipo específico de experiencia asociativa que va de la mano de las transformaciones sociales, culturales y económicas del siglo XIX: el Círculo de Obreros de Córdoba. Por su parte, Monterisi estudia el laicado italiano de origen inmigratorio y sus diferentes iniciativas tendientes a formar asociaciones religiosas. Los trabajos advierten en las distintas manifestaciones del laicado que éste se desarrolló asociado a diferentes actores provenientes de las instituciones eclesiásticas: ya sea pertenecientes al clero regular, como es el caso de los salesianos en su relación con el laicado italiano estudiado por Monterisi – también en este mismo sentido se destaca el trabajo de Roxana Boixadós compilado en este mismo volumen, que estudia las iniciativas asociativas de las que participaron jesuitas cordobeses-; o bien al clero secular, como ocurrió con los laicos que dieron origen a la Asociación Católica en 1870 que estudia Vagliente, o bien en el caso del Círculo de Obreros estudiado por Vidal. Una vez que dejamos atrás el "modelo cofradial", el laicado parece cobrar en cada una de estas experiencias una mayor autonomía, que varía según los casos; pero en todo caso no se puede pasar por alto el hecho de que este laicado se asocia ahora a actores religiosos de nuevo cuño: ya sea el clero regular de origen inmigratorio, como es el caso de los salesianos, o bien el clero secular. Así, las diferentes parroquias urbanas o la catedral se convierten en un escenario privilegiado para la participación del laicado.

Es de destacar, en particular, el papel desempeñado por el clero secular. Se trata, en realidad, de una multiplicidad de papeles, según consideremos el lugar que ocupen los clérigos en las estructuras diocesanas. Aquellos que acompañaron al laicado en experiencias

tales como la formación de la Asociación Católica en 1870 pertenecían en buena medida al alto clero cordobés y a su cabildo eclesiástico, así el caso de Uladislao Castellanos –más tarde arzobispo de Buenos Aires- o el de Emiliano Clara; por ello, según señala Vagliente, elegían como espacio para desarrollar sus actividades el seminario conciliar, que se halla bajo la jurisdicción episcopal. En cambio la tarea de emprender los Círculos de Obreros estudiados por Vidal quedó tanto en Córdoba como en las demás diócesis, según ha señalado en diversas ocasiones Néstor Tomás Auza, depositada en las manos del clero parroquial -en este sentido habrá de destacarse en Córdoba la figura de Pablo Cabrera-. Asimismo, la experiencia periodística de los católicos a partir de la década de 1860, que -según el trabajo de Silvia Roitenburd incluido también en este volumen- se convierte en lugar de expresión para un discurso intransigente de tintes nacionalistas, no puede entenderse sin poner de relieve la centralidad que en aquellas experiencias habrá de jugar el clero secular; así, la prensa católica podrá jactarse de su ortodoxia, garantizada por la celosa vigilancia de la autoridad diocesana cordobesa. En cualquier caso, no se puede perder de vista que ya para el siglo XIX el clero secular parece haber conquistado en Córdoba una centralidad de la que hasta entonces había carecido.

A fin de estudiar las relaciones entre la Iglesia y la sociedad en el tránsito del Antiguo Régimen a la sociedad moderna no sólo es necesario abordar las transformaciones sociales entre las cuales se cuenta el crecimiento inmigratorio, el desarrollo del "liberalismo" y la tendencia a abandonar la unanimidad religiosa heredada del régimen de cristiandad colonial; es asimismo importante tener en cuenta las transformaciones históricas sufridas por la iglesia cordobesa, que no se mantiene igual a sí misma a lo largo del tiempo. El clero secular comenzó a consolidar lentamente sus estructuras pastorales en un largo proceso que tuvo sus preliminares a fines del siglo XVIII pero sólo avanzado el siglo XIX se hizo sentir en Córdoba el impacto de estas transformaciones: así, no se puede pasar por alto el hecho de que en 1877 la diócesis de Córdoba celebraría el primer sínodo diocesano de la Argentina. Tal experiencia es síntoma de una maduración del clero secular y de la jerarquía diocesana cordobesa, que se dispone a fortalecer las estructuras pastorales. En este contexto, las experiencias asociativas y la relación con la sociedad habrán de modificarse.